

V.

Combate.—Cien mil indios contra doscientos veinte soldados españoles.—Los perros auxiliares.—Margarita y Buil.—Impuesto exigido á los indios.—Su desesperacion y su venganza.—El comisario Aguado.—Partida de Colon á España.—Efectos del hambre á bordo.—Regreso de Colon.—Preséntase á sus jueces.—Su justificacion.—Armamento de otra flota.—Las tortugas del Cabo Verde.—Paso de la línea.—Desesperacion de los equipajes.—Los micos del Orinoco.—La boca de dragon.—Una corona de oro en la cabeza de Colon.—Fundacion de la ciudad de Santo Domingo.—Rebelion del juez Roldan.—Expedicion de Vasco de Gama.—Descubre nuevo camino para las Indias orientales.—Expedicion de Ojeda.—Américo Vespucio da su nombre al nuevo mundo.—Descubrimiento del Brasil por Cabral.

HEMOS trazado hasta ahora escenas de que la humanidad no ha tenido que lamentarse; hasta ahora la grandeza de la empresa concebida por el genio y

ejecutada por la perseverancia, la gloria de este maravilloso descubrimiento, que abria nuevos caminos al comercio y á la navegacion, hacian olvidar cualquier exceso cometido por los conquistadores del nuevo mundo. Al seguir en sus aventuras á los españoles y á su ilustre jefe, no quedaba tiempo de apreciar ciertos hechos aislados, en los que un atento exámen descubriría ya los graves é infalibles síntomas de la larga y sangrienta expiacion del descubrimiento de la América.

He aquí llegado el momento en que cesan las falaces ilusiones de la gloria y el envanecimiento del triunfo: la hora postrera ha sonado para vencidos y vencedores, y el nuevo mundo va á ser el teatro de tragedias sangrientas, de lúgubres dramas en que la codicia representará un papel abominable. ¡Dichoso el historiador cuando, fatigado con el espectáculo de los horrores y crueldades que hacen tan penosa su tarea, pueda hallar de vez en cuando para su consuelo algunas virtudes y acciones generosas! ¡Dichoso una y mil veces cuando entre los dominadores del pueblo americano, encuentre un cristiano digno de este nombre, un amigo de la humanidad!

Los dos ejércitos avanzando uno contra otro, llegaron á encontrarse, y esperaron la señal de sus jefes para empezar el combate: ¡momento terrible que decidirá de la vida de los españoles ó de la libertad de un pueblo! Por una parte están reunidos cien mil indios, armados de sables de madera, mazas, lanzas y de flechas, cuyas puntas están formadas de es-

pinas de pescado y pedernales; por la otra solo se cuentan doscientos infantes y veinte ginetes, con algunos indios auxiliares mandados por Guakanahari. La desproporcion es enorme; pero si los españoles no tienen la ventaja del número, la suplen con su táctica y la superioridad de sus armas: tienen además los caballos, y hasta una trahilla de perros de presa, para soltarlos contra los indios desnudos, lo mismo que se sueltan contra los javalíes y otras fieras en las cacerías de Europa. Así por ambas partes las ventajas eran casi iguales, y era difícil prever el resultado de la batalla.

Colon resolvió diferir el ataque hasta la noche, esperando que las tinieblas aumentarían el espanto que un ataque brusco é imprevisto debía causar á los indios. Como esta era buena idea, pasaron á ejecutarla, dividiendo el pequeño ejército en tres cuerpos al mando del almirante, su hermano Bartolomé y el cacique Guakanahari. En el momento en que los indios se abandonaban á una fatal seguridad, cayeron sobre ellos, y el furor, los gritos de los españoles, el ruido de la mosquetería, el relinchar de los caballos y los ladridos de los perros les infundieron tal espanto, que después de una corta y débil resistencia se entregaron á la fuga. Unos perecieron á impulso del plomo ó del hierro enemigo, otros fueron atropellados por los caballos, despedazados por los perros ó hechos prisioneros, y la mayor parte se dispersó en los bosques.

La victoria pronunció el fallo que condena todo

un pueblo á la sujecion de los europeos, haciéndole humillar su cerviz al yugo y resignarse á todos los padecimientos de una horrible esclavitud. Colon aprovechándose de su triunfo, recorrió todo el país, donde nadie le hizo resistencia, sometiéndose en todas partes á su autoridad. Pocos meses le bastaron para dejar establecida y asegurada en aquella isla tan poblada la dominacion española.

Hasta ahora la conducta de Colon ha sido digna de nuestro aprecio y admiracion, acompañándole nuestra viva simpatía en sus arriesgadas expediciones al través del Océano; pero como hombre al fin, debe pagar su tributo á la humana flaqueza.

Los dos enemigos mortales del almirante, Margarita y el padre Buil, habian vuelto á España. Colon no penetraba sus intenciones; sabia que la envidiosa saña de estos dos hombres no retrocederia ante ningun obstáculo para rebajar su mérito, para calumniar sus operaciones; y para desacreditar el resultado de sus descubrimientos en la corte de España, cuya natural suspicacia era la mas á propósito para acoger las péfidas insinuaciones contra Colon. Debía por lo mismo conjurar y libertarse del nublado que amagaba su cabeza, y no podia conseguirlo sino enviando á la corte de España brillantes muestras de aquellas riquezas que en virtud de sus promesas con tanta ansia se esperaban. Para cumplir estas promesas y satisfacer la ansiedad y codicia de la corte, tuvo Colon que recurrir al medio de imponer contribuciones á los indios. Previno á los

que habitaban en los parajes donde había oro, que le trajesen cada tres meses cierta cantidad de este metal, y los demás tenían que traerle en el mismo plazo veinticinco libras de algodón. Esto era mas de lo que podían dar aquellos infelices, acostumbrados desde su infancia á una vida indolente, y para quienes era insoportable el trabajar como esclavos á fin de presentar el oro y el algodón, productos que debían disminuir de día en día en virtud de las exigencias del almirante. Quisieron sustraerse á la cruel necesidad de un trabajo que superaba sus fuerzas, y dirigieron sus quejas á Colon; pero este se mantuvo inflexible, y sus soldados exigieron con rigor el cumplimiento de sus órdenes.

Para libertarse de un yugo insoportable, los pobres indios aconsejados de su desesperacion tomaron una resolucion extraordinaria. Exagerándose la voracidad de los españoles, creyeron que si cesaban de sembrar sus campos de maíz y de cazabe, los obligarian por el hambre á salir de la isla. Hasta destruyeron las semillas ya confiadas á la tierra, y de comun acuerdo se retiraron á montañas inaccesibles, donde se alimentaron por algun tiempo con frutos silvestres. Este recurso no tardó en faltarles, y entonces ellos fueron los primeros á sentir los efectos del hambre que deseaban sufriesen los demás. El hambre engendró epidemias que aumentaban el número de las víctimas, y los que escapaban de esta doble plaga quedaban tan débiles, que no podían soportar el trabajo que de ellos se exi-

gia. En cuanto á los españoles, la desesperada resolucion de los indios les causó serias inquietudes y aun algunas privaciones; mas despues tomaron el partido de cultivar lo que los indios abandonaban, y las nuevas provisiones que llegaban de España los preservaron del hambre, convenciendo á los indios de que por este medio no podían sustraerse de su dominacion.

Llegábale á Colon tambien el momento de padecer, porque habia estallado la tempestad que desde lejos le amenazaba. Margarita y el padre Buil habían conseguido el objeto de su viaje á España, habían trazado un cuadro tan triste y desanimador de las tierras descubiertas por Colon, habían presentado su conducta bajo un aspecto tan odioso, que la corte no pudo menos de concebir algunas sospechas. Decidióse enviar á las Indias occidentales un comisario que debia examinar el estado de las cosas, lo mismo que la conducta del almirante, y presentar su informe al rey de España.

Una comision tan importante exigia tanta prohibicion como conocimientos; pero el comisario elegido por Fernando no tenia ni una cosa ni otra. Era un tal Aguado, gentil-hombre de cámara de la reina, propuesto por los enemigos de Colon, para que conplíce de su odio, favoreciese sus proyectos contra el almirante.

Apenas este hombre, ufano con la autoridad de que estaba revestido, llegó á la isla Española, cuando afectando el tono y los modales de un superior

pára con el almirante, tuvo empeño particular en humillarle con su desden é insultante menosprecio. Invitó á todos los que se creyesen agraviados por Colon, para que viniesen á su tribunal á pedir justicia. Provocó, acogió con ansia todas las acusaciones contra Colon, sin someterlas á las debidas pruebas, por que no deseaba otra cosa mas que acumular agravios en virtud de los cuales condenasen á Colon, cuya pérdida habia jurado.

Paciencia tenía Colon, y mas de una prueba habia dado de su constancia y longanimidad, y á pesar de todo, no pudo resignarse á sufrir las humillaciones de que Aguado le colmaba. Resolvió partir á España, para informar y someter su causa á la justicia de los reyes don Fernando y doña Isabel, cuya buena fe habian sorprendido. Antes de embarcarse, nombró á su hermano Bartolomé, adelantado ó vice-gobernador, para que mandase en la isla durante su ausencia. Por desgracia estableció como jefe de la justicia á un hombre indigno de tan altas funciones y que debia abusar de la autoridad que le conferia el almirante: este hombre se llamaba Roldan.

Creyendo llegar mas pronto al término de su viaje, Colon navegó rectamente hácia España. Todos los marinos saben hoy dia que los vientos alisios, que en estos parajes vienen siempre del Este, hacen dificultosa la navegacion, y que para evitar los vientos contrarios, los navíos que vuelven á las Indias occidentales deben á lo primero dirigirse hácia el

Norte. Colon ignoraba todo esto, y su marcha era tan lenta en la direccion en que se obstinaba su inesperienza, que al cabo de tres meses todavía se encontraba en alta mar, con las provisiones agotadas considerablemente. Fué indispensable acortar la racion todo lo posible á los hombres que venian embarcados, y Colon para evitar quejas y murmuraciones, se sometió á las mismas privaciones que el último de sus marineros.

La tripulacion, cuya rabia era escitada por el hambre, concibió la horrible idea de deshacerse de los indios que venian á bordo, arrojándoles al mar, para no tener que partir con ellos los pocos víveres que habian quedado. Colon, siempre fiel á los principios de humanidad que eran la norma de su conducta, contuvo á los frenéticos contra los indios, y les hizo ver que estos eran hombres como ellos y que participando de sus padecimientos, debian tambien tener su parte en el resto de las provisiones. Así consiguió avergonzar á los autores de aquel execrable proyecto, hasta que llegando á las costas de España, pudo Colon presentarse al tribunal que debia fallar entre él y sus acusadores.

Presentóse á sus jueces con noble entereza, con la seguridad que infunden una causa justa y una conducta irreprochable. Pocas palabras le bastaron para justificarse: sus jueces se avergonzaron de haber prestado oídos á la calumnia, y Colon absuelto, hizo callar de nuevo á sus enemigos. El aborrecimiento camudeció ante este solemne triunfo del genio y

de la gloria, y cuando ostentó á vista de la corte los tesoros que habia traído, Fernando y su esposa, con los nuevos honores que prodigaron á el almirante trataron de hacerle olvidar los perjuicios de una acusacion fácilmente acogida.

Apresurábanse por lo mismo á concederle cuanto pedia y aceptar todas sus propuestas con el mismo entusiasmo de su primer regreso á España. Quería ante todas cosas que el gobierno garantizase la subsistencia de la colonia fundada en la isla Española, enviando muchos labradores y artesanos de todas clases, para que la colonia pudiese bastarse á sí misma y subsistir con sus propios recursos. Esta medida tan sábia fué aprobada por el gobierno; pero otra propuesta que Colon sometió al rey Fernando no hace honor á la perspicacia del almirante, y fué un grave error, cuyas consecuencias debian ser funestas á los países nuevamente descubiertos.

Como se temia que la considerable emigracion de colonos al nuevo mundo llegase á despoblar la España, aconsejó al gobierno que trasportase á la Española todos los malhechores sentenciados á la pena capital ó á galeras, para que se empleasen en beneficiar las minas de oro. Aprobado este consejo, no solo se sacaron de las prisiones todos los criminales detenidos en ellas, sino que se previno á los tribunales que en lo sucesivo condenasen á ser trasportados á las Indias occidentales á cuantos mereciesen penas de consideracion. ¿Cómo un hombre que en tantas ocasiones habia dado pruebas de sa-

biduría y de habilidad, cómo es que Colon, tan celoso por la futura prosperidad de los establecimientos españoles en el nuevo mundo, no calculó el germen de confusion y desórden que iba á introducir la llegada de unos hombres corrompidos, y el poblar una colonia con criminales de toda especie?

Aunque eran perentorias las órdenes del monarca para el pronto abastecimiento de la flota, todavía le retardaron las intrigas de los enemigos del almirante. Al cabo de un año apenas estaban abastecidos los dos navios que debian llevar á la colonia los víveres y otras provisiones que tanto necesitaba, y cuando al fin estos dos navios salieron para la Española, volvió á pasar otro año antes que pudiera hacerse á la vela la escuadra en que Colon iba á emprender sus nuevos descubrimientos.

Colon al embarcarse para esta nueva expedicion, siguió nuevo rumbo con la esperanza de encontrar por fin el continente que suponía fuese la India. Al llegar á las Canarias continuó nevegando en la misma direccion hasta las islas del Cabo Verde, descubiertas por los portugueses; pero al alejarse de Canarias envió á la isla Española la mitad de la escuadra, con orden á los capitanes de los navios de que acelerasen su marcha para llevar socorros á la colonia. Colon pasó mas allá de la *Isla de la Sal*, la primera de las del Cabo Verde, y ancló cerca de una islita estéril donde los portugueses han establecido un hospital para los leprosos.

La fundacion de un hospital en semejante paraje

era debida á una circunstancia singular: las muchas tortugas que vienen de la costa de Africa á depositar sus huevos en la arena de la costa de esta isla, se dejan coger fácilmente, porque una vez volteadas de espaldas, ya no pueden levantarse. La carne y sangre de estos animales anfibios se empleaban como remedio eficaz y probado contra la lepra, una como alimento y la otra para lavatorios. Además de las tortugas, se encontraban en la isla muchas cabras, que se habian multiplicado extraordinariamente desde que un portugués habia llevado ocho de Europa. Por lo demás, no se encontraban árboles ni agua dulce, y los leprosos tenian que beber la llovediza que récogian en el suelo. No es, pues, de extrañar que Colon solo encontrase allí siete personas completamente sanas.

Desde allí determinado á no volver la proa al Oeste sin haber llegado al ecuador ó la línea, ese círculo imaginario que divide la tierra en dos partes iguales, siguió navegando al Sur; pero cuando llegó al tercer grado de latitud setentrional, una profunda calma paralizó la marcha de los navíos. Al mismo tiempo los rayos de un sol abrasador caian á plomo sobre los hombres de la tripulacion y los aplanaban con un insoportable calor que rajaba los toneles, corrompia el agua y los víveres. El terror y la desesperacion reinaban en los navíos, tan ardientes que se temia que estallase en ellos un incendio. Para colmo de desdichas, en aquellos momentos de crisis y espanto para los equipajes, Co-

lon empezó á sufrir los vivos dolores de la gota, consecuencia de sus fatigas y vigillas.

Al fin el cielo, apiadado de tantos padecimientos, envió una lluvia tan abundante, que era casi imposible estar sobre cubierta. Esto en poco disminuyó el calor sofocante; pero al menos los españoles pudieron renovar su provision de agua. Cesó tambien la calma que encadenaba en cierto modo los navíos y la esperanza volvió á renacer en aquellos hombres, cuya vida iba á extinguirse entre las convulsiones de una larga agonía. Suplicaron entonces á Colon que renunciase á su proyecto de navegar hácia el Sur, y vencido por sus instancias se dirigió hácia el Oeste.

Después de algunos dias de navegacion, los gritos de ¡tierra! ¡tierra! resonaron en las gavias y fueron repetidos por las tripulaciones. La isla que aparecia en el horizonte se presentaba en forma de tres montañas, por cuyo singular aspecto se le dió el nombre de Trinidad que hoy conserva. Está situada cerca del desembocadero del Orinoco, donde se encuentran micos muy raros que se pillan del modo siguiente. Cuando los cazadores divisan algunos de estos animales en lo alto de un árbol, colocan al pié una vasija en la que han puesto maíz. Apenas se han apartado de allí, baja un mico del árbol y mete una mano en la vasija, de donde no puede sacarla con el puño cerrado porque le tiene lleno de maíz. Vienen entonces los cazadores y pillan al animal, cuya golosina es tal, que antes se deja coger que soltar el maíz que tiene agarrado.